

Presuntuoso afán...

James Boswell

Durante el pasado siglo, la biografía no tuvo en España ni la atención ni el reconocimiento que se merecía. Tampoco fue ideal el aprecio que le dispensaron en otros países con una tradición biográfica más importante y estable que la nuestra, pues, como anota Daniel Madelé-
nat, este género literario fue considerado «menor» por escritores y críticos.

A pesar de tener detrás de sí una historia de más de dos mil años y de concitar el interés de un público lector fiel, sufrió el desprecio de los historiadores y de los filósofos de la historia, que valoraban más el rol de grupos, clases, pueblos, proletariado, razas, etc., con fundamento en conceptos abstractos, fuerzas económicas o dinámicas sociales, que el papel creativo y transformador del individuo en el curso de la historia. Finalmente en el último tercio del siglo XX, «la vuelta al sujeto» vendría a demostrar la atracción que ejerce la fuerza vital de un ser único y distinto a la mayoría de las personas.

Afortunadamente esta falta de aprecio por la biografía hace tiempo que comenzó a cambiar en España, pero, como veremos, estamos todavía lejos de disfrutar de una situación equiparable a la que disfrutaban naciones como Inglaterra o Francia. Tampoco se puede ignorar que este género ¿imperfecto? despierta todavía reservas y suspicacias, que le cuestionan el valor literario, moral, episte-

mológico, histórico, crítico, incluso editorial. Creo, sin embargo, que el diagnóstico pesimista de que no tenemos una producción biográfica estimable, se ha quedado obsoleto y tiene un tono quejumbroso, que no se complace en absoluto con estado actual de la biografía, en mejora constante desde hace unas décadas.

Como género híbrido, a caballo de lo histórico y de lo literario, tiene un estatuto incierto, que repercute en su valoración. Para los «puristas», el lado literario le confiere un carácter «novelesco», una rémora que lastra o desdice el esperable rigor histórico de lo que debería ser una biografía «pura», si algo como esto existe o es deseable. En cambio, para los que esperan y demandan lo artístico-emocional como expresión máxima de lo literario, el rigor histórico les parece poco, y esperan que, cuando menos, un libro biográfico aspire a enseñar deleitando...

Además de este menosprecio de la institución literaria, la biografía sufre también prejuicios moralistas. Todavía se entiende que la biografía supone una intromisión intolerable en la vida privada y un allanamiento público de la propia morada del que habría que defenderse. Desde este punto de vista se subestiman los posibles valores patrimoniales, históricos y humanos de la biografía. Como se verá más adelante, la biografía afronta un doble desafío: conocer la verdad de la vida de una persona y acertar a contarla de manera amena y legible, sin adular su condición histórica.

Este libro plantea también cuál es la utilidad del conocimiento biográfico para la crítica literaria. Es decir, ¿en qué medida ayuda el conocimiento biográfico de un autor a interpretar mejor su obra? Con respecto a esta cuestión la crítica, sea académica o de prensa, ha valorado escasamente el papel crítico del método biográfico. Por ejemplo, los comentarios o reseñas más habituales

sobre las obras biográficas prestan escasa atención al rigor de la obra comentada, a la metodología utilizada, a sus logros o carencias, a los testigos convocados, etc., limitándose a resumir el contenido de la biografía o a mostrar simpatía o rechazo por el biografiado.

Por su parte, la universidad española ha desconfiado del interés crítico e histórico del género, hasta el punto que la marginaba o ignoraba en los programas escolares y en las investigaciones humanísticas. Todo esto ha comenzado a cambiar poco a poco recientemente, y existen algunas enseñanzas regulares que integran el estudio y la práctica de la biografía como materia curricular. Son contadas pero muy valiosas excepciones. Es, sin duda, un proceso lento, que se enfrenta a inercias e incomprensiones de distinto tipo, tal como ocurrió antes en países que hoy nos parecen modélicos en este sentido, en la medida que terminaron por integrar plenamente la teoría y la práctica de la biografía en los currículos universitarios, después de haberla tratado como a la «cenicienta de la literatura» (Benton, 2009). En fin, ha faltado sensibilidad, incluso falta de estima para nuestro importante patrimonio histórico, literario y artístico, y por supuesto hacia los individuos, mujeres y hombres, que lo realizaron, pues, al fin y al cabo, detrás de cada gesta, libro y obra de arte se encuentra siempre una persona con sus peculiaridades.

Tampoco las editoriales españolas tuvieron el cuidado ni propiciaron la creación de un acervo biográfico adecuado al nivel de nuestro importante patrimonio. Pocas han sido las que han preferido promover biografías de autores españoles, algunas, muy contadas, han creado colecciones y premios para fomentar el desarrollo del género, pero en la mayoría de los casos han delegado en hispanistas anglosajones o galos, cuando no preferían simplemente traducir biografías foráneas, aunque trata-

sen de personalidades extranjeras, una y cien veces ya biografiadas, y en nuestro plantel de figuras importantes hubiera muchas todavía sin biografiar. La razón, o excusa, es que la biografía es un género caro, que exige viajes a los lugares y consulta de archivos, además de numerosas entrevistas. Y cuando el dinero no era un obstáculo mayor, como en el caso de los profesores universitarios que pueden disponer de fondos de sus grupos de investigación, se chocaba con la escasa receptividad de los organismos públicos y las editoriales para acoger proyectos biográficos. ¿Para qué seguir? Son conocidas de sobra estas y otras penurias padecidas en el pasado por el género biográfico. Como he dicho arriba, esto ha comenzado a cambiar hace más de dos décadas, y este libro quisiera ser una modesta contribución, un granito de arena, para esa tarea que se adivina grande y colectiva.

Ahora bien, no se puede echar en saco roto un hecho incontestable que no por contradictorio es menos revelador. Este género, denigrado intelectualmente por algunos y desatendido por los críticos e instituciones, tiene lectores incondicionales. A pesar de todo, en el mercado actual del libro, las biografías suelen tener un éxito apreciable entre un público que es difícil de determinar, pues abarca sectores muy diversos como diversos son los contenidos, resultados y objetivos de las biografías. En casi todas las encuestas de lectura, los libros biográficos aparecen en segundo lugar en las preferencias, a veces confundida y revuelta con descuido dentro del ensayo o de la Historia, y por detrás solo de la novela. Sin embargo, desde un punto de vista intelectual supremacista, la biografía se encontraría en un nivel de indigencia mental y creativa, que la relega a la vanguardia del adocenamiento formal. Desde esta contradicción, un choque más entre la minoría selecta y la mayoría popular, no se ha sabido explicar el auge que, desde los años setenta con el retor-

no al sujeto de las ciencias sociales y humanas, ha experimentado lo biográfico, ni por qué se ha convertido en un tema literario omnipresente.

Como trataré de explicar, la biografía es un ejercicio intelectual que en puridad es un desiderátum, pero que, a pesar de todos los inconvenientes y límites, resulta ser un reto fascinante para los que la escriben y leen. Por eso, biógrafos y lectores no renuncian a ella, pues la consideran, cada uno desde su propio punto de vista, un ejercicio que desafía los límites del conocimiento humano. Se pensó —lo señala Harold Nicolson (1927)— que alguna vez la ciencia llegaría a proveer de los conocimientos suficientes a la biografía de manera que esta se convertiría en una suerte de disciplina científica, en la que no cabrían ya sombras ni dudas sobre el conocimiento del hombre. Esto, como es bien sabido, no ha ocurrido, pero ese relativo fracaso epistemológico de la biografía, que sigue siendo tan imperfecta e incompleta como lo son las personas, no ha dejado de estimular el conocimiento de las vidas ajenas.

¿Se puede sostener que por esta limitación, y por el carácter conjetural y aproximativo que cualquier juicio sobre las personas, se puede decir, repito, que la biografía hace ficción, o es un relato equiparable con una novela? No, en absoluto. Si fuera un relato ficticio, los problemas que nos plantean las biografías habrían terminado. No, la biografía no responde al tipo de desconexión y distanciamiento de la realidad que la ficción propone. Su propuesta de lectura, que se rige por el «pacto biográfico», se basa en principios diferentes a la ficción y tiene sus propias posibilidades y límites

El título, *Maestras de vida*, referido a las biografías, tal vez merezca un comentario. Como es obvio, proviene de la muy famosa cita de Marco Tulio Cicerón «la historia es maestra de la vida», aunque la autoridad de Carlos

García Gual (1987:27) sostiene que la propiedad de la cita le pertenece a Isócrates. La he cambiado para adaptarla a uno de los lemas centrales del libro, desarrollado de forma especial en el capítulo 4. Es evidente que el sentido del clásico no alcanza a la vida privada de las personas, sino a la colectiva de los pueblos. Por tanto, las lecciones que la historia imparte no son aplicables a las vidas individuales. En cambio, desde sus orígenes greco-latinos, con sus relatos de vidas sobre personajes históricos relevantes, la biografía provee al lector de numerosos ejemplos y enseñanzas que podrá relacionar con la vida propia o la de sus semejantes. Y es que, por encima de la diferencia de época, religión o ideología, de costumbres y caracteres, los hombres y mujeres respondemos a semejantes estímulos, cometemos parecidos errores, caemos en las mismas trampas, somos capaces de las mayores gestas o de las más miserables villanías, nos ilusionamos o nos dejamos engañar por parecidos sueños y promesas, nos paralizan los mismos miedos, prisioneros del deseo y seducidos por el placer. Todos diferentes nos parecemos. Las vidas ajenas nos interesan, y no siempre por simple o malsana curiosidad, también por afán de conocer y de conocernos.

Se acostumbra a argumentar que el lector aficionado a las biografías suele ser un cotilla o metomentodo, cuya curiosidad por las vidas ajenas encuentra satisfacción morbosa en este tipo de obras. Sin embargo, creo que las motivaciones del lector de biografías pueden ser muy variadas, pero la mera curiosidad por conocer los detalles y la particularidad de la vida de una persona, sea esta del tipo que sea, no parece la única razón ni siquiera la más importante. Nos mueve a leer biografías, sobre todo, la esperanza de poder conocer mejor a la persona que hay detrás del personaje público, del que ya tenemos una imagen previa, normalmente superficial. Además, la

mayoría de nosotros podría estar de acuerdo en aceptar que la introspección es un asunto lo bastante complicado como para creer que es posible llegar a conocerse sólo por uno mismo sin la relación e intercambio con los otros. Por esta razón, conocer cómo otras personas se han enfrentado a su destino no es una frivolidad chismosa, sino el reconocimiento de la necesidad que tenemos de aprender de las vidas de otros, al mismo tiempo que ampliamos la comprensión de la naturaleza humana y de la propia en particular.

Por encima de la particularidad de cada época histórica, uno de los motivos generalmente admitidos para explicar el éxito de lectores de la biografía, se atribuye al deseo que el hombre de todas las épocas ha experimentado de cambiar o alargar su propia vida con la experiencia que le transmiten otras: «Una persona que ha leído muchas biografías normalmente ha adquirido un buen conocimiento de la naturaleza humana, aunque no haya llegado a dominar la psicología freudiana ni haya llegado a pisar una universidad» (Cross, 1924: 3-4). Tal vez hoy no podamos suscribir al cien por cien la opinión de Thomas Carlyle, según la cual «la historia del mundo no es sino la biografía de los grandes hombres» (2000), pero el predicamento de esta sentencia durante mucho tiempo avala el prestigio histórico de la biografía. Evidentemente el papel de la biografía, sus formas y su ejemplaridad ha cambiado en el curso de los siglos, incluso es posible que, en una época como la nuestra, dominada por el relativismo y la incertidumbre, el propio concepto de ejemplaridad biográfica haya mutado, pero no estoy tan seguro de que haya desaparecido.

Ahora que está próximo el final de mi etapa docente, he creído que podría ser útil para estudiantes e investigadores publicar un libro, mezcla de ensayo y manual, que recogiese lo que he leído y pensado sobre las lecturas biográficas realizadas en los últimos años, y consecuencia en gran medida de mi pequeña experiencia como biógrafo. Este libro quiere ser además una invitación a los filólogos, futuros filólogos y a los humanistas en general, a que escriban tantas e interesantes vidas ajenas que quedan por contar en el campo de la cultura española.

Después de haber dedicado años a estudiar la literatura autobiográfica en sus diferentes modalidades: los diarios (*La escritura invisible. Testimonios sobre los diarios íntimos*, 2000), las novelas autobiográficas y autoficciones (*El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, 2007) y las autobiografías y memorias (*La máscara o la vida. De la autoficción a la antificción*, 2017), quiero creer que mi dedicación a la biografía, en su doble vertiente de estudio y de escritura, tiene algo de destino obligado o de consecuencia lógica, que tal vez merezca una explicación.

En mi opinión, la persona que lee con atención y cuidado los textos autobiográficos tiene mucho de biógrafo, pues, para la justa comprensión de estos, utiliza mecanismos deductivos similares a las operaciones inquiridoras que caracterizan a las realizadas por el biógrafo, practicando una especie de crédito crítico. Autobiografía y biografía son géneros vecinos y, por supuesto, diferentes (diferencias sobre las que habré de volver más abajo). Sin embargo, desde el punto de vista de la lectura, las perspectivas de ambos confluyen, se superponen y se complementan.

A poco que se piense, convendremos que el lector de una autobiografía, de unas memorias o de cualquier otro texto autobiográfico, adopta una mirada interpretativa similar a la que emplea el biógrafo o, mejor dicho, él

mismo, en tanto que lector, se convierte en biógrafo. De hecho, aunque ambas operaciones no sean intercambiables, el lector de un texto autobiográfico reconstruye dicho texto con procedimientos biográficos (contrasta informaciones, calibra las posibles deformaciones, destaca ciertos datos y rellena lagunas) y no se conforma con esto, sino que aspira a interpretarlos desde su óptica personal. Algo distinto sería si este lector quisiese convertirse en un hipotético biógrafo utilizando sólo textos autobiográficos. Entonces comprendería que, para pasar un texto autobiográfico a biográfico, no basta con «traducirlo» a estilo indirecto, ni convertir la primera persona a la tercera, pues como señala un relevante estudioso de la biografía y biógrafo él mismo:

La autobiografía no es el verdadero retrato de una vida; es un retrato verdadero de lo que, en un momento de la vida, el personaje quiere, y se ve obligado, a revelar de esa vida. Por esto, de todos los materiales al alcance del biógrafo, los escritos autobiográficos son los más peligrosos, los más difíciles y los más apasionantes de manejar (Kendal, 1985:30).

Volveremos más abajo sobre la dificultad que entraña para el biógrafo la utilización de textos autobiográficos como material documental. En tanto que géneros literarios hermanados, autobiografía y biografía comparten algunos rasgos comunes: ambos narran una vida personal con la aspiración de la mayor veracidad posible y con la disposición de construir artísticamente el relato. Pero se diferencian y se oponen desde el punto de vista de la persona narrativa y de la focalización de los hechos. Estos rasgos diferentes los convierten en géneros distintos con propósitos y retos específicos. Mientras la autobiografía adopta casi de manera fija la primera persona y la

perspectiva interna, la biografía está conducida, la mayoría de las veces, por una tercera persona, obligada a focalizar en principio de forma externa a su sujeto. Esta diferencia no es una distinción formal ni formalista, sino que implica un cambio de función y de enfoque.

La lectura autobiográfica es, digamos para entendernos, un buen entrenamiento para el futuro biógrafo, pero, teniendo en cuenta que como modalidad de escritura, la biografía de un escritor exige una preparación y una metodología específicas, sobre todo en aquella clase de escritores, en que la diferencia es tanto o más señalada cuanto evitan, de manera significativa, cualquier efusión confesional o escritura autobiográfica. Sin embargo, como personas públicas que son, las entrevistas y los testimonios propios o ajenos, que deben ser tomados con cuidado, han servido para propalar una serie de versiones falsas y anécdotas fantásticas, que impiden, por lo general, ser tenidas en cuenta como documentos biográficos fiables.

No obstante, a pesar de las evidentes diferencias entre los dos géneros, se encuentran conectados en muchas ocasiones por un pasadizo secreto o vaso comunicante que los relaciona estrechamente, y no solo para los lectores sino también para los biógrafos. Jean Lacouture, destacado biógrafo francés, lo ha expresado así: «Tal vez mis biografías sean autobiografías de sustitución, juegos de rol camuflados... Si hubiese sido un combatiente de la Resistencia, posiblemente nunca habría pensado en escribir una biografía del general De Gaulle... A falta de esto, es posible regalarse un anhelado superyó» (Lacouture, 2003:36). O como diría este mismo biógrafo, refiriéndose a otro de sus biografiados, François Mauriac, yendo un poco más lejos y haciendo una suerte de fusión entre biografía y autobiografía: «Este es el hombre que yo hubiese querido ser». Encuentra tal cantidad de coincidencias de orígenes burgueses y bordeleses, amistades

familiares, de profesión, de religión, sensibilidad y contradicciones, que tiene la sensación de encontrarse a sí mismo con treinta o cuarenta años de diferencia... y separados, sobre todo, por la inigualable superioridad de la escritura de su predecesor (Lacouture, 2003:118-120).

No deja de ser sorprendente por contradictorio que la biografía, institución cultural, esencial para comprender la cultura occidental, por lo que tiene de entronización de lo individual y de afirmación de la fe en el hombre, no haya gozado durante demasiado tiempo de la atención de los estudiosos e historiadores de la literatura, atención que sin duda merecía. En España son relativamente escasos los trabajos de investigación dedicados al género biográfico, sobre todo si lo comparamos con la cantidad ingente de estudios que reciben otros géneros. A pesar de la inmensa cantidad de biografías publicadas y del abundante número de lectores, su estudio sistemático ha sido paradójicamente escaso. Dice Philippe Lejeune, para explicar esta particular carencia de la biografía, que esto ocurre frecuentemente en los discursos considerados «naturales» (Lejeune, 1980: 76-78). Aunque su apariencia nos engañe, esta clase de discurso está más codificado y cargado de ideología de lo que a simple vista se pudiera pensar. La escritura de una biografía se presenta en principio como lo más lógico y natural, porque, una vez establecido y aceptado el modelo, bastaría con repetirlo. Esto se ha traducido en que en la escritura biográfica hayan predominado resultados estereotipados y previsibles. Por su estructura, la biografía parecería que escapase a las modificaciones históricas, y, por su retórica adocenada, al arte. Habitualmente se considera que la biografía, como forma apriorística e interiorizada de nuestra manera de ver el mundo, es inmutable e indiferente a los cambios históricos. Pero el biógrafo consciente tiene delante de sí una forma discursiva, cambiante en

el decurso histórico, e ideológicamente condicionada. A partir de la conocida «vuelta al sujeto» de los años setenta, los teóricos y críticos literarios comenzaron a prestar mayor atención al género biográfico y los biógrafos enriquecieron con creatividad la escritura de las biografías. Por estas razones, la biografía como género meta-discursivo invita y obliga al hipotético biógrafo a pensar lo impensado o a repensar lo ya pensado. Es preciso desmontar las falsas transparencias de lo evidente y revisar a veces las versiones canonizadas.

Su exclusión de las historias de la literatura ha condenado al género biográfico casi al ostracismo. Tener una historia de más dos mil años, millares de obras y millones de lectores no fue suficiente para que la biografía ingresase en el selecto club de la Literatura, junto a los grandes géneros como la épica o la lírica. La marginación literaria de la biografía proviene con mucha probabilidad de Aristóteles, que en el apartado IX de su *Poética* discriminaba los géneros históricos de los ficticios: Mímesis vs. Poiesis. Según la *Poética* aristotélica, el que escribe la Historia o «historikós» cuenta o describe lo que ha visto, o lo que le contaron otros, con un sentido verdadero. Su función es reproducir (mímesis) los hechos concretos o las vidas singulares, que por lo mismo tienen un valor o alcance limitado en la medida que se refieren solo a sucesos y personas particulares. Frente a este, el que es capaz de imaginar lo que no ha ocurrido o «poietés» crea o inventa hechos o personas inexistentes, pero verosímiles. Su función es proveer al imaginario de los lectores de una realidad imaginable por posible, pero que no ha ocurrido tal como el «poietés» la crea y la plasma en su obra. Podría haber sucedido, pero no ha sucedido ni sucederá nunca como el creador la ha imaginado. La Poiesis (en el sentido actual de ficción) tiene un alcance filosófico más amplio que la Historia,

pues es capaz de crear realidades y tipos humanos universales. Tomando como referencia esta distinción, la *Poética* de Aristóteles, y las sucesivas que se inspiraron en gran medida en esta, determinan que la Historia, en la medida en que no es creativa y tiene una significación limitada a lo real existente, no entra dentro del mundo creativo de la ficción, territorio al que solo tendrán acceso la épica y la tragedia.

Aunque aquí nos ocuparemos sobre todo de la biografía de escritores, es necesario subrayar la especial relación que esta mantiene con la biografía histórica y con la Historia misma. Entre Historia y biografía existe una tensa y contradictoria relación, perceptible ya desde la Antigüedad, y en particular en las *Vidas paralelas*, de Plutarco, a pesar de su proximidad y parentesco, los historiadores, hasta hace poco, han menospreciado las biografías por su escaso valor histórico. Durante el siglo XIX y hasta la década de los años setenta del siglo XX, las corrientes históricas predominantes —positivistas, marxistas o de la revista francesa *Annales*— habían venido haciendo un enfoque socioeconómico y estructural de los cambios históricos en el que no había espacio para los individuos como agentes o sujetos históricos. El resurgimiento de la biografía en la década de los setenta no fue totalmente ajeno tampoco a la gran eclosión biográfica en el campo literario. Esta vuelta al sujeto como agente histórico, iniciada primero en los estudios sociológicos, tuvo pronto una notable repercusión en algunos historiadores que venían de la escuela historiográfica de *Annales*, como Le Goff, Arties, Nora, Duby, que prestaron atención a la vida cotidiana y privada en sus investigaciones históricas, volviendo a poner en primer plano el papel relevante de las grandes personalidades en el devenir histórico. En el campo literario, a pesar de algunos residuos aristotélicos, que mantienen la biografía en una

situación de marginación, se le reconoce la categoría literaria a este género que ha ganado también en consideración, como he dicho, en España. Quiero pensar que crece también el reconocimiento de la importancia de la biografía para la cabal comprensión del autor y de su obra, y de la intrincada y dialéctica relación que ésta mantiene con la vida de su creador.

Sin embargo, prevalecen todavía las reservas sobre la biografía y sobre la crítica literaria biográfica. Las razones y los motivos se solapan y se refuerzan recíprocamente bajo la inercia que impone la costumbre sin que ninguno llegue a ser por sí solo determinante. A nadie se le oculta, creo, que la supremacía de la poética aristotélica en las posteriores poéticas y el predominio teórico-crítico de los estudios literarios formalistas e inmanentistas durante buena parte del siglo XX (formalismo ruso, *new criticism*, estilística, estructuralismo y post-estructuralismo) han prolongado este rechazo. El predominio y el prestigio durante muchas décadas de este tipo de crítica no ha dejado de ser contestada, pues como argumenta F. Brady la crítica biográfica no deja de ser una visión más amplia y compleja de la crítica literaria que la que se queda sólo en los márgenes del texto. Así añade este crítico inglés:

Comprender cualquier obra literaria exige para empezar un conocimiento de su género literario y de su contexto histórico. No menos esencial es el contexto personal que proporciona la biografía a la hora de poner la obra del biografiado en su justa perspectiva. La obra en sí nunca proporciona información suficiente para una interpretación adecuada (Brady, 2007: VI).

El método biográfico está en cierto modo en las antípodas del idealismo de las corrientes críticas arriba cita-

das. El estudio inmanentista de la obra literaria, además de incurrir en una evidente abstracción sacando a los textos de su contexto, dejaba fuera del estudio de la obra los aspectos históricos y personales que están en su base. Sólo durante el siglo XIX, por la orientación historicista y nacionalista del fenómeno literario, el enfoque biográfico prestó atención al estudio de los autores en relación con sus obras, a veces, hay que reconocerlo, con resultados pobres, pues procedían con un determinismo directo y simple, y con fines muchas veces más políticos que literarios, interesados sobre todo, como estaban, en la canonización de las glorias literarias nacionales. En realidad, nunca desapareció completamente el estudio del hecho literario desde el punto de vista del sujeto creador, y a veces, aunque de forma bastante desprestigiada, ha sobrevivido en la psico-crítica y en el estudio psicoanalítico del autor y sus obras.

A pesar de todas estas resistencias, la biografía ha sido, como se ha dicho arriba, uno de los géneros más practicado y también más leído, como ya se ha dicho, por debajo sólo de las narrativas de ficción, y tal vez sea la más polémica y controvertida dentro de los géneros de no-ficción en los medios de comunicación de masas. Su polivalencia y pluralidad de medios la hace omnipresente en la vida cotidiana y, a juicio de algunos críticos, representa un apoyo al ideario y a las prácticas democráticas en el mundo occidental (Hamilton, 2007: 4).

No está en el ánimo del que suscribe jerarquizar los valores literarios de las obras según pertenezcan a un género u otro, ni menos aún a establecer una supremacía de los textos biográficos sobre los que no lo son... Creo que cada género tiene su propia especificidad y, de acuerdo con esto, es inútil establecer comparaciones odiosas entre obras pertenecientes a géneros distintos. Cada obra, dentro de su género, tiene su propio valor, y una apreciación

crítica justa debería impedir elecciones excluyentes. En un mismo lector, sin ir más lejos para el autor de este libro, caben por igual, y con similar grado de placer y aprovechamiento, la lectura de novelas, poemas, autobiografías o biografías. No se le ve el sentido de «juntar churras con merinas» y, menos aún, compararlas en términos de superioridad o inferioridad. Se debería entender que el placer estético e intelectual o el interés particular que la lectura de las obras literarias proporciona, cada una de acuerdo a su especificidad literaria, son independientes de su pertenencia a la ficción o la no-ficción. Cual puente entre la novela y la historia, la biografía fusionaría la representación documentada de la realidad, propia de la crónica, evitando la abstracción que impone la visión de lo colectivo, al prescindir del papel que el individuo cumple en ese cuadro histórico general. Esa falta de presencia del hombre, que caracterizó a ciertas tendencias historiográficas, la encuentra la biografía en la novela, que se centra normalmente en la andadura individual de sus personajes. La biografía aporta al enfoque histórico las razones y sinrazones de la actuación humana individual. El lector, por tanto, encuentra en la biografía la amenidad y plasticidad de algunos relatos novelescos y el carácter didáctico-moralizante de cierta historia.

Desde el punto de vista del biógrafo, la concepción de la escritura biográfica ha dado lugar a una disputa entre los que la consideran un arte o una artesanía. Para el que suscribe, aprendiz de biógrafo, escribir un par de biografías ha sido ante todo, sin ignorar los aspectos artísticos y creativos, un ejercicio de humildad, tal como exige el oficio artesanal. No en vano, dice Nicolson, que éste es uno de los encantos de la *Vida de Samuel Johnson*, de James Boswell: «Su modestia y naturalidad consigue convencernos de la honradez de su relato» (Nicolson, 1947:88-89). Como si hiciese un *puzzle* o casase las pie-

zas de un mosaico, el biógrafo despliega sobre su mesa todos los trozos del rompecabezas de la vida que quiere reconstruir. Es una labor de paciencia y tiempo, para que cada fragmento de vida hallado encuentre su sitio. Dice Harold Nicolson que Boswell, al que admira profundamente, y cuya biografía de Samuel Johnson considera el gran modelo moderno de la biografía británica, no era ningún genio, pero —añade— «en verdad el escritor de biografías no tiene que ser un genio, sólo poseer talento. Y esto Boswell lo tenía» (Nicolson, 1947:99). El talento de un biógrafo competente, consistiría en la habilidad de ensamblar la serie de informaciones, anécdotas, datos, interpretaciones, etc., en el hilo cronológico que impone el relato de una vida.

Después de un largo periodo en que la Literatura, desde su torre elitista, despreciase o ignorase el género biográfico, se asiste a una suerte de «biografización» en la que pareciera que los creadores hubiesen quedado saturados de los experimentos de las vanguardias de los años sesenta y hartos de los postulados del post-estructuralismo. Se dieron cuenta de que valdría la pena contar la experiencia de una persona concreta, si a través de ella se descubría la plural y compleja identidad del sujeto, en la que se incluye necesariamente un complemento imaginario o de ficción.

En estas últimas décadas, la autoficción y la llamada novela sin ficción, géneros que tuvieron un gran desarrollo e influencia en los géneros afines, han irrigado de subjetividad el campo biográfico y han servido también para ampliar sus posibilidades creativas. De algún modo, en la literatura de estos últimos años, «lo biográfico» ha experimentado un notable crecimiento, una proliferación que ha contagiado las ciencias humanas (sociología, antropología, historia, crítica literaria, etc.). A partir de la mezcla de autoficción, crónica y biografía ha nacido un

nuevo registro narrativo con el nombre de «bioficción» (Buisine, 1991). Para decirlo en pocas palabras y para informar de urgencia a los que desconozcan el término, la bioficción se define como una variante biográfica-ficticia en la que lo biográfico no es ya necesariamente lo opuesto a la ficción. En este espacio (relativamente nuevo, todo hay que decirlo), no va por un lado la imaginación novelesca, que puede inventar, y por otro, la reconstrucción biográfica laboriosa que se somete a la exactitud referencial de los documentos. La biografía misma se ha convertido en una productora de ficciones, y por tanto el género empieza a comprender que los recursos constructivos de la ficción sirven y enriquecen lo biográfico. La bioficción, en tanto que relato biográfico que incorpora también la autoficción del biógrafo, sería la forma más subjetiva de la biografía.

Aunque en este libro me ocupo casi siempre de la biografía en su forma más habitual, es decir, en forma escrita y, por lo general, en soporte de libro, conviene destacar que el género biográfico, al ganar espacio en las representaciones culturales y sociales más relevantes en la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de la década de los años setenta, ha sobrepasado el marco editorial convencional para desbordarse en otros medios. La biografía ha experimentado una expansión desconocida, un crecimiento de un tamaño tal que, de acuerdo con el desarrollo de los medios audiovisuales y otras técnicas electrónicas y sin abandonar el honorable, pero estrecho cauce del libro y del papel, ha saltado con decisión a otros soportes y tecnologías, como el cine (*biopic* y documental), el reportaje biográfico periodístico y televisivo, internet e incluso la publicidad. Se detecta en la actualidad una fuerte presencia biográfica en todos los ámbitos socioculturales, resultado de esta neonarcisista exaltación del individuo, que da lugar a productos biográficos

de diferente calidad, interés y formato. Esta atmósfera biográfica, en confluencia con el culto de las celebraciones y aniversarios, ha dado lugar a una exacerbación de las conmemoraciones de nacimiento y muerte de escritores, adaptándose al cine, al video, a la televisión y a Internet, que por razones obvias de espacio e idoneidad no tendré en cuenta en esta ocasión (Hamilton, 2007: 3).

Para dar cuenta de lo apuntado hasta ahora de la forma más clara y ordenada de que soy capaz, he dispuesto una primera parte del libro (capítulos 1 a 4), en la que defino la especificidad del género biográfico, caracterizado por un pacto de lectura distinto a otros géneros narrativos más o menos afines, que anuncia y se compromete a la búsqueda de la verdad de la vida de un hombre, y por una condición epistemológica particular, que acoge tensiones, contradicciones y paradojas, que ponen en entredicho las mismas posibilidades de conocimiento que postula.

Además de definir la paradójica especificidad de la biografía, expongo una breve historia de esta (capítulos 5 y 6). Estoy convencido de que el conocimiento de este recorrido histórico es imprescindible, aunque lo haga de forma somera. Conocer las líneas de la evolución y constantes del género y destacar sus ejemplos más sobresalientes, resulta fundamental, porque difícilmente se podrá entender la complejidad del género en la actualidad y cuáles podrían ser sus principales líneas de desarrollo, si se desconoce su evolución anterior y las diferentes tipologías de la biografía literaria. Sin saber de dónde venimos, difícilmente podremos saber dónde nos encontramos y hacia dónde nos dirigimos. So pena de que la ignorancia nos engañe y nos haga descubrir mediterráneos ya descubiertos.

Una parte importante del contenido del libro está orientado a describir y clasificar las numerosas formas y variantes del género, así como los registros limítrofes con

los que en ocasiones se confunden (capítulo 7), así como a reflexionar sobre sus posibilidades como método crítico-literario (capítulo 8). Finalmente, todo esto conduce al autor, como lector de biografías, a concluir cuáles deberían ser las posibilidades y los principios constitutivos de lo que se consideraría «una buena biografía» (capítulo 10). En el capítulo 9, «La ‘cocina’ del biógrafo», y en la adenda 2, los que estén interesados, no solo en el estudio, sino en la escritura biográfica, encontrarán una guía práctica de sugerencias, consejos y cuestiones a tener en cuenta, a la hora de escribir una biografía. No son reglas, preceptos ni mandamientos incontestables, es un ramillete de sugerencias para aquellos que tengan previsto o se animen a escribir una biografía.

Para terminar esta presentación, solo quisiera anotar que un biógrafo es alguien que, como muchas otras personas, pero tal vez con mayor agudeza que el común, comparte dos ideas fundamentales sobre la vida y los hombres: la insignificancia de la vida, de todas las vidas (por intensas que sean, todas finalmente demuestran su fugacidad) y la curiosidad por la vida de las grandes personalidades, mujeres y hombres, que han dejado huellas indelebles a la posteridad. Su misión es restituir la verdad de esas vidas con lo que esto tiene de desideratum obsesivo y de búsqueda irrenunciable y comprensiva del personaje biografiado: una misión en suma siempre abierta, si no al fracaso, a una más que probable imperfección. El biógrafo, que es también una suerte de médium en relación amorosa, a veces de amor-odio, con su biografiado, debe probar su capacidad para convivir y empatizar durante dos, tres, cuatro y más años con un extraño... para servir de puente eficaz entre el ausente y los lectores.

Dicen que el escritor Juan Rulfo se decidió a escribir su novela *Pedro Páramo*, porque, queriendo leer un libro que recrease la presencia de los muertos en la existencia

y la memoria de los vivos, no lo encontró en ninguna biblioteca. No quisiera que los lectores me entendiesen mal, pues no pretendo de ningún modo equipararme con el gran escritor mexicano ni tampoco que se me tache de presuntuoso. Si en la bibliografía española hubiese algo así como un manual, guía o breviario de urgencias para biógrafos o para personas interesadas en esta clase de textos, no me hubiera puesto a ello. Si este libro tiene algún mérito no le corresponde al que suscribe decirlo, pero su escritura se ha visto animada y hasta espoléada por el deseo de intentar llenar un hueco en la bibliografía española en esta clase de trabajos.